

Encuentro en torno de Europa¹

DISCURSO DE MIGUEL VERSTRAETE

Dr. Miguel Verstraete

Decano de la Facultad de Filosofía y Letras (período 1986-2002)
Universidad Nacional de Cuyo

¡Bienvenidos todos a este Encuentro en torno de Europa!

Bienvenidos al encuentro con la doncella de “bellos ojos” cautivada por un dios.

Bienvenidos al encuentro con aquella virgen raptada por un toro divino.

Bienvenidos, en fin, al encuentro con esa princesa que cabalga mar adentro asida de las astas taurinas cual luna creciente.

Sí..., bienvenidos a un mito..., a la realidad íntima y abarcadora de cada cosa, al núcleo vital de la existencia, a la entraña sacral de todo lo que es.

¹ En ocasión de la Inauguración de ADEISE -Asociación de Estudios Interdisciplinarios sobre Europa- y presentación de la revista Europa n° 0, ante colegas del país y de Chile, 16 de junio de 2000. Nuestro afectuoso homenaje al Dr. Verstraete, fallecido el 18 de noviembre de 2021, reconocido impulsor de los Estudios Clásicos en nuestro medio.

Sí..., les doy la bienvenida, a la vez que los invito a adentrarnos en esa dimensión al menos relegada si no olvidada por ficticia, ilusoria o quimérica.

En verdad, en el mundo de hoy el mito no tiene ya cabida, porque tampoco ya tiene lugar aquella percepción..., ese sentir vital y primigenio de lo primitivo.

¿Lo primitivo?

¡Bah!... ¡Qué antigualla!

Claro..., no responde a la moda ni es susceptible al control de calidad, como no lo es ese sentir vital y primigenio. Por eso se lo soslaya a favor de un detector más puntual y estricto..., calculable, comprobable... sin margen de error.

Sí..., sólo eso: sin margen de error.

Claro..., pero tampoco sin margen vital..., sin margen natural, espontáneo..., primigenio.

De eso se trata: sin margen..., sin margen de nada..., o... ¿la nada de todo margen?

Pero si es así, ¿quién o qué percibirá esa nada?

No..., no hay detector que la perciba, porque sólo es nada para el detector..., porque es demasiada primitiva para que sea detectada por él.

Demasiado primitiva, prístina, oriunda..., originaria.

¿Originaria?

Entonces, sólo perceptible por el sentir vital y primigenio.

Así las cosas, bienvenidos al secreto ámbito de la nada indetectable, a esa recóndita dimensión de lo originario..., de lo mítico..., de la sensación del principio, de la percepción del ar-ché, de la vivencia ar-chaica.

La vivencia mítica es propia del hombre arcaico que se halla en el arché; quien tiene en el principio su lógos de ser y pensar; quien siente lo originario y descubre la verdad de lo primitivo.

Mi bienvenida es, entonces, una invitación..., una invitación a la vivencia de la Europa originaria; a la experiencia arcaica de la Europa mítica. Porque aquí es donde hallamos la Europa auténtica, nutriente, vivificante y perenne.

La Europa mítica:

- la de los ojos bellos que ilumina todo lo que ve e inte-lige;
- la que en su prístina figura de princesa rescata el arché de cuanto es y acontece;
- la que encantada por el dios cimenta todo en y desde lo sacro,
- la que cabalga sobre un toro esbelto y poderoso de rubio color impregnando de divino perfume toda extensión a su paso;
- la que de la Fenicia mundana, a través y emergente del mar, llega a la Creta eterna, morada del dios enamorado.
- “No temas; soy Zeus y te amo;
te llevo a Creta, a la isla
donde yo me crie, y donde te
haré madre de hijos nobles

que llevarán todos ellos cetros
entre los hombres.”

La Europa mítica descubre lo originario naciente y fundante en tanto la bella visión del arché sacral desde el mar trazando tierra, desde lo versátil consolidando firmeza, desde lo temporal glorificando eternidad, desde lo humano diseñando Infinitud.

Europa mítica: visión arcaica, poder sacral, expansión de las profundidades a los confines eternos, madre de hijos nobles.

Se ha dicho que: gracias al mar Europa no es asiática, sino universal. “El mar hizo salir a Europa de sí misma: fiebat Europa orbis.” Y la penetración del mar afirmó la individualización de las penínsulas e islas que en y desde su visión lumínica se desplegó al mundo. Así, Grecia descubrió a Europa en y desde el lógos arcaico; Roma la extendió en y desde el poder; Carlomagno la consolidó en y desde el Poder divino del Logos.

Desde el Mediterráneo al Septentrión, el arché, el poder y lo divino; la visión intelectual, la potestas y lo sacro; el lógos, el orden y la fe; en fin: Apolo, Marte y el Cristo. Tales son las trilogías que ensanchan el mar a los continentes universales: de la Polis a la Urbs y de esta al Imperium con impronta sacra..., crisol de la Romanitas en conjugación con el Barbaricum.

Sí...,

- basta recordar la Canción de Rolando en que principios ancestrales que motivaban con idéntica beldad y grandeza el vivir y el morir se intimaban del ardor cristiano: la Moira o el Fatum se hacía Providencia;
- basta leer la Regula Monachorum de San Benito en que la interioridad socrática y la prudencia romana se amalgaman en el Ora et Labora;

- basta ojear el Book of Kells para comprender el encuentro amoroso de la veneración tribal con la contemplación monástica;
- y qué decir de las Cantigas y las Partidas de Alfonso X el Sabio.

Epopeya, oración y estudio: trilogía de ardimiento valeroso, de entraña fervorosa, de temple espiritual.

Valor, fervor, espíritu: figuras de eros que se elevan en don y se subliman en agápe; semblanzas del héroe y del santo.

Ese fue el itinerario vital que maduró cual Europa:

- Europa mítica: la de los hijos nobles;
- Europa épica: la de los hijos heroicos;
- Europa sacra: la de los hijos santos.

Pero..., claro..., Europa de hoy ya no tiene ese talante:

- en vez de mítica es logicista;
- en lugar de épica es competitiva;
- en reemplazo de lo sacro se idolatra nuevos becerros de oro.

Europa ha olvidado su historia y, por ende, se ha olvidado de sí misma.

En verdad, como dicen nuestros coetáneos Lipovetsky y Camus: “los héroes están cansados” y “los santos están abandonados por Dios”.

Europa contemporánea: la “nueva”, carente de lo arcaico; la civilizada, carente de ethos; la de ciudadanos, carente de patricios; la progresista,

carente de héroes y santos...; en fin, la carente de todo margen...; la de todo... y de nada.

Nada..., nada imperceptible por el todo.

Nada..., la antigualla marginada por el todo.

Nada y marginación para un todo..., un todo sin hijos capaces de percibir el todo de la nada, ni el margen de lo marginado.

¡Ah! ¡Europa! ¿Quién podrá percibirte?

¿Quién?

Tal vez una hija marginada.

Tal vez...

Tal vez por eso estamos aquí.

Sí, estamos aquí... y les doy la bienvenida.

¿Saben, ahora, a qué?

Al rapto...

Al rapto de la princesa mítica, épica y sagrada para una doncella prístina, vital, perceptiva y divina.

Al rapto de Europa arcaica para una América originaria.

Al rapto de la Europa de germen de vida espiritual para una América de hijos nobles, heroicos y santos.

Bienvenidos, entonces, al rapto apolíneo, marcial y cristiano.

Porque nos pertenece filialmente por herencia, por vocación y por destino
el caracol europeo de Rubén Darío que recaló en nuestras riberas:

“En la playa he encontrado un caracol de oro

Macizo y recamado de las perlas más finas;

Europa le ha tocado con sus manos divinas

Cuando cruzó las ondas sobre el celeste toro.

.

Y...

Oigo un rumor de olas y a la sazón

un americano acento,

un marginado oleaje, un misterioso viento ...

(El caracol la forma tiene de un corazón.)”